

tancia por su mozo Marcos, á tiempo que don Pedro repetía á su espalda como un eco:

— ¡Ya nos veremos!



II

**S**IGUIO don Pedro con la mirada buen espacio á los ginetes que se alejaban, reflejando en ella los sentimientos de indignación é incertidumbre que le embargaban el ánimo. Preocupábanle aquellas palabras enigmáticas y amenazadoras: *le advierto que he de recobrar el terreno como pueda; se lo aviso para que no se sorprenda. ¿Qué significaban? ¿Qué se proponía hacer don Miguel? Si era ocurrir á los tribunales con su pretensión, tenía esto sin cuidado, pues disponía de sobradas armas legales para su defensa. ¿Qué otra cosa podría ser? No alcanzaba á figurárselo. Entre tanto fuéronse perdiendo de vista los ginetes, hasta que acabaron por esconderse entre los árboles de la cañada, en el cercano puerto de los cerros.*

Era ya pleno día. Habíase elevado el sol radiante sobre la cresta de la sierra, y su globo enorme y encarnado destacábase deslumbrador en el espacio, agitando en la atmósfera su cabellera de lumbre. Al verle tan alto, se acordó don Pedro de que era hora del desayuno, y á través de los corredores y patios se entró en el comedor, vasta sala iluminada por grandes ventanas que daban á la huerta. Por sus cristales distinguíase la masa verde oscura de las plantas y de los árboles, y entre el follaje, rojas naranjas pendientes de ramas cubiertas de azahar. El rocío matinal había lavado las hojas, que se ostentaban limpias y espléndidas. En su tersa superficie temblaban gotas de aljófara, que heridas por la luz brillaban como piedras preciosas. Las aves acabadas de despertar revoloteaban en las frondas: columpiábanse en las ramas flexibles, aleteaban abriendo los picos sonrosados y llenaban el espacio de sus píos regocijados y argentinos.

Ocupaba el centro del comedor larga mesa de pino, cubierta por albo mantel esmeradamente planchado. La limpia vajilla brillaba sobre él artísticamente, y las sillas

también de pino, con asiento de tule, esperaban colocadas en derredor. En una cabecera se destacaba el enorme aparador cargado de platos, tazas, copas y vasos. Veíanse por las paredes cuadros de antigua moda, que representaban escenas del *Telémaco*, con explicaciones al calce en francés y en español. En la otra cabecera había un crucifijo de bulto, barnizado, y á sus pies una imagen al óleo de la Dolorosa, aprisionada en viejo marco dorado en otro tiempo, y ahora ennegrecido y descascarado por la acción destructora de los años.

—¡Mariana! gritó don Pedro, ¡el desayuno!

—Voy, señor, respondió la vieja cocinera asomando el rostro por la estrecha ventanilla que comunicaba el comedor con la cocina.

Sonó la campana de llamada, y á poco acudieron Gonzalo, el tenedor de libros, el administrador de la hacienda y el maquinista.

Era Gonzalo un mozo bien presentado, mestizo de raza pura, como hijo de don Pedro, cacique, y de Doña Paula, criolla. Moreno más que blanco, de ojos negros, pelo fino y algo rizado. Parecíase á su padre en la nariz corta y astuta, y á su madre, según

la opinión de amigos y parientes, en la mansa y dulce sonrisa. Comenzaba á formalizarse el bozo sobre su labio superior, y aunque era por naturaleza bien barbado, rasurábase toda la cara para dejar únicamente libre desarrollo al varonil bigote que anunciaba ser fuerte y poblado. La raya negra que le dibujaba aquel apéndice en la mitad del rostro, armonizaba de graciosa manera con sus pupilas de color obscurísimo y con el rojo mate de su boca bondadosa y expresiva.

Es rutina entre gente rústica, querer que los hijos sigan carreras literarias. Sin duda, acaso, porque el hombre de campo, aun siendo rico, suele padecer numerosos engaños y bochornos durante la vida, nacidos de su falta de trato é ilustración; siente anhelo vivísimo de que sus descendientes salgan de la penumbra intelectual y social en que él se ha agitado, y florezcan en esfera más brillante y prestigiosa, esperando de ellos ayuda, consejo y fortaleza. Mas don Pedro no era hombre de dejarse llevar por la rutina; en todo se atenía á sus propios juicios y pensaba con su cabeza.

—¿Qué hago yo, decía, con un licenciado en

casa? Para nada lo necesito. Si llego á necesitarle, podré valerme de alguno de los muchos que hay en la ciudad. Lo que me hace falta son segundas manos que me ayuden á dirigir este negocio, que va siendo muy pesado para mí solo. Cuando me muera, si Gonzalo no sabe girar el rancho (así llamaba á la hacienda) todo se lo llevará la trampa, y se quedará pobre mi hijo en un decir Jesús.

Por consiguiente, le dedicó á la agricultura, como era lógico, para que en todo fuese su heredero. Esto no impidió que le mandase á la capital durante cuatro años, con el fin de que se instruyese en cosas útiles para su negocio. Y como Gonzalo era de inteligencia fácil y buena memoria, y como tomó los estudios por lo serio, supo aprovechar el tiempo, y al cumplir los diez y ocho años, volvió á la hacienda sabiendo francés, inglés, teneduría de libros, historia y un poco de física y química, con lo que tenía bastante para ser, como decía su padre, *un rancho ilustrado*. Además de esto, leía constantemente libros y periódicos, y estaba al tanto de lo más notable que pasaba en el mundo de la política, de las ciencias y de

las letras; no de un modo profundo, pero bastante para hacerle vivir en las amplias y cosmopolitas esferas del mundo moderno. Como don Pedro, á su modo, era también amigo de instruirse, pasaban padre é hijo largas horas reunidos, haciendo lecturas en común y disertando sobre ellas.

La equitación, la caza y la vida activa habían desarrollado el vigor físico del joven. No había en los contornos quien como él se tuviese sobre el lomo de los potros serranos, ó de los toretes recién herrados, ni quien supiese echar el lazo con mayor seguridad y donaire á la cabeza y patas de la res, ni quien la derribase con mayor prontitud á carrera tendida cogiéndola por la cola, ni quien con igual destreza se apease de un caballo á escape, apoyándose en las ancas de los cornúpetas. Era famosísimo por sus suertes y habilidades rústicas. Su padre le aplaudía y hablaba de él con orgullo.

—No hay quien lace como Gonzalo, decía. O bien: para ginetear, mi hijo. O bien: donde torea el muchacho, nadie se pára. Pero á la vez, sentía gran sobresalto al verle expuesto á tantos riesgos como trae aparejados el ejercicio de todas esas habilidades, y

á solas, y bajo reserva, le recomendaba encarecidamente que no las practicase.

—Al fin y al cabo, le decía, todas esas fruslerías de nada sirven. Conozco muchos hacendados que hacen primores de ese jaez, y que no conocen su giro, ni se ocupan de él, por andar *traveseando* y haciendo oficio de caporales.—En lo que tenía razón de sobra el reflexivo don Pedro.

El caso era que, mediante esta educación harmónica de alma y cuerpo, daba gusto ver á Gonzalo tan lucido y despierto en la conversación, como en el escritorio; así en el campo, como frente á los motores y calderas del ingenio.

Fáltanos decir, para terminar este asunto, que padre é hijo se querían entrañablemente. Los sentimientos nobles, levantados y afectuosos del corazón del joven, mostrábase en toda su generosa expansión, en su amor á don Pedro. Cuidábale como á un niño.

—Padre, le decía, no te asolees tanto, no vayas á enfermarte. No trabajes tanto; demasiado has trabajado ya. Déjame todos los quehaceres á mí sólo.

Y le envolvía en el sarape cuando llovía;

y marchaba por delante de él para mostrarle el mejor camino y apartarle las ramas espinosas que pudieran herirle; y le servía en todo lo que le era posible con una solitud, una sencillez y una ternura, que eran para dar gracias á Dios. Don Pedro recibía aquellas manifestaciones de cariño filial con lágrimas de ternura en los ojos.

Y como no hay en esta vida nada más puro ni hermoso que esos amores, descendentes de los padres á los hijos, como la luz, y ascendentes de los hijos á los padres, como el incienso; el cuadro de aquella concordia, dulzura y afecto, era por todos contemplado con profunda y seria emoción, casi con recogimiento y respeto. Porque así como es feo y repulsivo un grupo de familia desunido y áspero; así también es bella y seductora una agrupación de esas, ligada por apretados vínculos de estimación, movida por impulsos abnegados y abrasada en vivas llamas de amor. Las manifestaciones de su cariño filial, habían granjeado á Gonzalo universales simpatías. La humanidad por instinto honra á los hijos buenos y detesta á los malos. ¿Qué se puede esperar del hijo ingrato? ¿A qué bien-

hechor se deben mayores beneficios que á los padres? Ellos nos dan vida, consejo y fuerzas para la lucha. Si esos bienhechores casi divinos no hallan gracia á los ojos del hijo; ¿quién podrá hallarla? Nadie sin duda. Su alma de réprobo hará todos los males que pueda. No hay que aproximársele; son impuro su contacto y emponzoñada la atmósfera que le rodea. Mas en la frente del que ama á aquellos que le dieron el ser, brilla la luz apacible de los ángeles, señalándole entre los hombres con marcha gloriosa.

El tenedor de libros era un jovencuelo venido de la ciudad poco hacía, y discípulo de un famoso maestro de contabilidad mercantil. Pequeñito, regordete, lampiño y con abundantes cicatrices de viruelas en el rostro tenía cierto aspecto de gato sarnoso que daba lástima. Lo hirsuto é indómito de su pelo, insensible á los estímulos de la poma-da y de la bandolina, acababa de acentuar su semejanza con ese felino. Esteban Salazar, que era su nombre, ó Estebanito, como en la hacienda se le llamaba, era muy pulcro y mirado en toda su persona. Aunque no salía del despacho sino los domin-

gos por la tarde, y á las horas de comer y dormir durante la semana, nunca dejaba de acicalarse con esmero, cepillarse la ropa y dar betún al calzado. Era una especialidad en cuellos y puños de camisa, botones y corbatas, de todo lo cual tenia una variedad enorme. Así lograba Estebanito, por medio de un gran cuidado de sí mismo, hacerse tolerable á la vista, por lo lavado, limpio y bruñidísimo que siempre aparecía, como si fuese de latón ó plata repujada. Las muchachas de la hacienda decían que la punta de la nariz de Estebanito presentaba siempre un punto brillante, como las cucharas acabadas de limpiar con tiza. Pero bien sabía el pobrete lo que se hacía. Si con tantos afeites aparecía tan destituido de gracias; ¡qué hubiera sido de él, si no se hubiese cuidado tanto! Por lo demás, era un buen chico, diestro en números, cumplido con sus deberes y atento en demasía.

El administrador de la hacienda, don Simón Ocegüera, era un rancheo á carta cabal, de esos de pan pan y vino vino. Gigantesco, de atezado rostro, pelo castaño y patilla española, representaba á maravilla el tipo de la gente de su clase. A pie, era hombre

perdido. Andaba despacio y á disgusto. Sus piernas enar cadas hacia las rodillas, tenían forma de paréntesis, sin duda por la costumbre de cabargar, y eran torpes para la marcha; pero una vez sobre los lomos del alazán, era tan ligero como una corza, y tan incansable como una máquina. No descendía de su cabalgadura sino para dormir y comer; el resto del tiempo pasábalo á horcajadas sobre ella. No se concebía á don Simón sino á caballo, como si fuese un centauro. Jamás vestía traje que no fuera de cuero, más ó menos adornado con bordados y botones de plata, según la gravedad de las circunstancias y la importancia de las fiestas. Siempre decía verdad, y era tan inocente que todo le sorprendía; lo que no obstaba para que fuese en el desempeño de su encargo malicioso, ladino y disimulado. Fidelísimo para don Pedro, á quien conocía y servía desde hacía veinte años (una tercera parte de su vida), era el eco de todas sus ideas y el ejecutor inmediato de todas sus voluntades. A Gonzalo, á quien conoció pequeñito, quería como si fuese su hijo, tanto más cuanto que él, don Simón, era soltero impenitente, sin asomo de pesar por no

haberse casado, ni de afán tardó por contraer matrimonio.

El maquinista era un americano llamado Smith, bermejo del rostro, de pelo rubio pálido tirando á blanco, y afeitado del bigote y con barba, á la estrambótica manera del presidente Lincoln. De pocas palabras y flemático, cumplía su deber con exactitud y no se ocupaba ni preocupaba por ninguna otra cosa.

Sentábanse esas cuatro personas de ordinario á la mesa de don Pedro, y digo de ordinario, porque solían acompañarle asimismo los huéspedes ó compradores de productos, que pasaban el día ó los días en la casa de la hacienda.

Ocuparon, pues, su sitio los comensales conforme al orden acostumbrado. Luego fueron apareciendo la humeante cafetera, la olla de leche espumosa, la carne asada y los frijoles apetitosos, llenando de varias y sanas fragancias el recinto.

—Temía no llegar á tiempo, dijo Gonzalo con tono alegre.

—Pues ¿dónde andabas? le preguntó don Pedro.

—Fuí á bañarme al Salto, padre. ¿No me oíste cuando me levanté?

—¿A qué horas?

—A las cinco.

—¿Cómo te había de oír si ya estaba en el corredor tomando el fresco!

—Creía que aun dormías, y salí de puntillas. Está visto que no puedo igualarte en lo madrugador, ni el día que hago milagros.

—Dime, hijo ¿viste la presa?

—Sí, padre, me detuve un rato cuando pasé por ahí.

—¿Es cierto que se está reventando?

—No; lo único que sucede es que el terraplén de tierra que dá fuerza al muro de cal y canto, se ha agrietado. Por hoy no hay riesgo; pero es preciso repararlo cuanto antes.

—¿Diste órdenes para que lo hicieran?

—Todavía no, porque quise consultarte.

—Dáselas á don Simón, tú que entiendes más de eso.

—Creo que sería bueno, dijo Gonzalo volviéndose al administrador, que se hiciese más grueso el terraplén, que se pisonea bien la tierra, y que se le revistiese por la parte exterior de una capa de piedras del arroyo. Así quedará más fuerte.

—Tienes razón, Gonzalito, repuso Ocegüera. No se me había ocurrido lo de la pie-

dra, y creo que dará buen resultado. Hoy mismo mandaré que comiencen los trabajos.

—¿No habrá peligro de que reviente la presa? preguntó Estebanito con voz meliflua.

—No, hombre, contestó Gonzalo. ¿Tienes miedo?

—¿Cómo no, si coge tanta agua! ¿Cuánto mide de largo?

—Desde la cortina hasta la cola, dijo Ocegüera como persona bien informada, más de legua y media.

—¿Y de profundidad?

—Eso varía. En el punto más hondo de la cañada, siete varas.

—¿Si se rompiera, pensó Estebanito en voz alta, buenas noches te dé Dios!

—El nos ha de librar, repuso Ocegüera. Se acababan los cañaverales, y la hacienda, y la fábrica, y todo, porque la presa está cuesta arriba y nosotros cuesta abajo. Pero no hay para qué hablar de eso, porque no ha de suceder.

Notando Gonzalo que don Pedro estaba distraído y con cara de mal humor, le preguntó:

—Padre, ¿qué tienes? ¿estás malo?

—Nada, hijo, sino que acabo de pasar un disgusto.

—¿Con quién, padre?

—¿Con quién ha de ser, sino con mi compadre don Miguel, que me tiene metida la puntería desde hace tiempo!

—Pues ¿qué pasa?

—Vino esta mañana muy de madrugada, como si fuera á caerse el mundo. Me cogió en el corredor de afuera, donde estaba muy á gusto tomando el fresco, y de luego á luego, conforme se apeó del caballo, me movió conversación sobre el maldito Monte de los Pericos. Creía que eso estaba ya olvidado y comenzaba á reconciliarme con mi compadre; pero ¿qué se le ha de olvidar, si es más tereco que una mula serrana! Me preguntó si por fin se lo había de entregar ó no, y le contesté que no, porque era mío. Entonces me amenazó con medias palabras, que no sé qué querrán decir, asegurándome que se había de quedar con el terreno, por la buena ó por la mala, y que después no me sorprendiera de lo que iba á hacer, que por eso me lo avisaba con tiempo.

—Y ¿qué le contestaste?



—Que estaba curado de espanto, y que me defendería como los hombres.

—Bien dicho, saltó el administrador. ¡Por qué nos ha de imponer la ley? Y más cuando no tiene ningún derecho. Conozco ese terreno, desde hace cincuenta años, y nunca ha pertenecido al Chopo. Cuando ña Gertrudis, ó tía Tula, como le decían en el rancho, se lo vendió á su mercé, supe por ella de dónde venía y cómo. Lo tuvo en su poder cuarenta años y lo había heredado de su señor padre, que fué quien lo compró á un indio de Citála. ¡Nomás *rigule* cuánto tiempo hará de esto! Pasa de siglo.

—Sabe todo eso mi compadre mejor que usted y que yo, repuso don Pedro; lo que quiere es buscarme la condición. El Monte no es más que un pretexto. Si no fuera por él, sería por otra cosa.

—Puede ser que crea don Miguel tener razón, objetó Estebanito. ¡Como es tan tonto!

—¡Qué sabes tú de eso! saltó Gonzalo con disgusto.

—Créalo ó no, prosiguió don Pedro, no se ha de salir con la suya, tope en lo que tope.

—¡Tope en lo que tope! exclamó el administrador con energía, dando una palmada en la mesa.

—Es verdad, observó Gonzalo; pero es triste que se rompa la buena amistad que han tenido tú y Don Miguel por tantos años. Y mucho más por eso. ¡Qué vale el Monte!

—¡Ya lo creo que no vale nada! Ña Gertrudis me lo vendió por trescientos pesos; suponiendo que hoy por estar crecidos los árboles valga mucho más, no pasará de mil.

—No puede llegar á mil... ¡si es un pedacito de tierra!

Diciendo esto Gonzalo miró hacia la huerta á través de los cristales. Sobre las copas de los árboles y á no larga distancia de la hacienda, elevábase en lo alto de la sierra un cerrito aislado de tupida arboleda; era el Monte de los Pericos.

—Supongamos, replicó don Pedro con viveza, supongamos que valga menos de mil, menos de quinientos, menos de cincuenta... ¡qué tenemos con eso?

—Que no costea que tengan ustedes disgustos por tan poca cosa....

—¡Y cómo lo puedo evitar si mi compa-

dre es el que me busca ruido! No hago más que defenderme.

—Hay un medio, articuló Gonzalo con timidez.

—¿Cuál? preguntó Ruiz con impaciencia.

—Dejárselo, concluyó el joven con voz insegura.

—¡Sólo eso me faltaba! ¡Dejar que hiciese de mí cera y pabilo mi compadre! Y ¿por qué? Nomás porque es testarudo. Con eso me convertiría en el hazmereir de todo el mundo, y no habría quien no quisiese meter mano en mis cosas. Ni me lo vuelvas á decir porque me disgustas....

—Dispéname, lo decía por amer á la paz.

—Sí, ya sé por qué lo decías; pero hay cosas superiores á la paz, como son la dignidad y el buen derecho.

—Dice bien tu padre, Gonzalito; es necesario no dejarse, porque del palo caído todos quieren hacer leña, exclamó sentenciosamente Ocegüera.

—Si mi compadre me pidiese el Monte dado, se lo regalaría con mucho gusto, como le regalé l Príncipe, aquel caballo tan

precioso que me trajeron de Kansas, y el toro bramino, sólo porque me indicó que se los vendiera. ¿Para qué quiero ese cerrito? Tengo monte de sobra en la sierra, que me dá toda la leña que he menester. Pero ¡pretender que es mal habido el Monte de los Pericos y pedírmelo con altanería, como quien tiene derecho! Esto sí no lo puedo sufrir. Veremos lo que sucede. De Cristo á Cristo, el más apollado se rompe....

Los comensales aprobaron con movimientos de cabeza; Gonzalo triste y silencioso pareció sumirse en una dolorosa cavilación.

De pronto levantose don Simón, y aproximándose á una de las ventanas, dijo:

—Allá viene el montero á toda carrera. ¿Qué habrá sucedido?

Al oírle dejaron su asiento los circunstantes y se agolparon á las ventanas. Los ojos ejercitados de los campesinos pudieron distinguir al montero, que venía á escape, brincando por la ladera, en dirección á la hacienda; Estebanito, á fuer de cortesano, y Smith, á fuer de yankee, no lo lograban. Don Pedro seguía con los ojos la carrera del sirviente, que parecía más bien caer que

bajar, á riesgo de rodar cabeza abajo por el despeñadero. Al fin se perdió de vista entre los árboles. Pasó como media hora de expectativa, sin que nadie pensara en retirarse: ni Estebanito á su despacho, ni Smith á la fábrica, ni don Simón y Gonzalo á los potreros, ni don Pedro al corredor de afuera, centro de su vigilancia y de su observación.

—¡Cuánto tarda! dijo el tenedor de libros rompiendo el silencio.

—No, replicó el administrador, no es demasiado; desde la falda de la loma hasta aquí, se alarga el camino, porque primero hay que bajar mucho y luego que volver á subir. Ya no ha de estar lejos....

En esto se oyeron los pasos precipitados del montero, que corría desalado por los corredores. Don Pedro salió á recibirle á la puerta del comedor.

—¿Qué sucede? le dijo. ¿Por qué has dejado tu ocupación y vienes tan de prisa?

—Señor amo, repuso el recién llegado con voz ronca, no he dejado mi lugar, me lo han quitado. Y vengo á dale cuenta á su merced de lo que me ha pasado.

—¿Qué ha sucedido, hombre?

—Se lo voy á contar tal como acaba de pasar. Estaba yo hora en la mañana debajo de un árbol, cerca de la raya que nos divide del Chopo, cuando repentinamente se me echó encima el señor don Miguel, á caballo, seguido de cinco mozos y me dijo:

—“¿Quién eres, hombre?”

—“Sixto Rosales, le dije, pa servir á su merced.

—“¿Y qué haces aquí?”

—“Soy el montero, señor amo.”

—“¿Por cuenta de quién?”

—“Por cuenta de mi patrón don Pedro Ruiz.

—“De mi compadre don Pedro?”

—“Sí, señor amo.”

—“En ese caso es como si naiden te hubiera puesto.

—“¿Por qué, señor amo?”

—“Porque mi compadre don Pedro no es dueño de este monte.

—“¿Cómo no, si es el que manda y dispone!”

—“Porque me lo ha cogido, desde hace mucho tiempo; pero está dentro de los linderos del Chopo.

—“Yo no sé de esas cosas; lo único que

hago es servir al señor don Pedro, que es mi patrón. El me dijo: “Anda á cuidar el Monte de los Pericos, pa que naiden se robe la leña. No dejes á naiden que la corte, sino á los que lleven boleta ó á los que te paguen á tres centavos la carga;” y ansina lo hago. En lo demás no me meto.

—“En ese caso no tienes nada que hacer aquí, porque mi compadre no puede dar órdenes en lo mío.

—“Yo no sé de quién será el Monte; pero aquí me puso mi amo y por eso estoy.

—“¡Pos ya llegó la de largarse; anda mucho! . . . . y me soltó una insolencia.

—“No me puedo ir mientras no me lo mande mi patrón, le contesté.

—“¡Hora veremos si te vas ó no te vas!

—“No digo que no me iré; pero hasta que me lo diga el señor don Pedro.

“En esto don Miguel, muy enojado, me tió mano al machete y me dió dos güenos cintarazos, aquí en la espalda, que me la dejaron ardiendo.

—“¿Qué sucede? me dijo, ¿te largas ó no?

“¿Qué hacía yo, señor amo? Nomás póngase en mi lugar y considere. ¡Solo, á pie, sin

más arma que mi cuchillo, y don Miguel montado en buen *penco*, bien armado y con cinco mozos á la retaguardia, bien montados y armados! No podía hacer otra cosa más que tocar parlamento.

—“¡Pa qué son esas cosas! le dije. Ya me vé que estoy dado. Haga usted lo que quiera; no puedo resestilar.

—“Pos lárgate, pues, si no quieres que te . . . y me volvió á maltratar.

“Entonces tomé mi jorongo que estaba sobre una piedra, recogí el sombrero que me había tumbado con los cintarazos, y me juí viniendo poco á poco. Anduve unos pasos, y aluego que oservé que no me podían ver, me trepé á un árbol á devisar qué era lo que hacían pa dale parte á su mercé, pa que estuviera al tanto de todo; y ví que el amo don Miguel se iba á la cuesta abajo en de-rección al Chopo, dejando cuatro mozos en el Monte. Los sirvientes echaron pie á tierra y amarraron los caballos de las ramas de los árboles, y se sentaron muy á gusto, con ademán de quedarse cuidando el Monte. Aluego me bajé y me vine corriendo pa contárselo todo á su güena persona.”

Hizo el montero toda esta relación con

faz descolorida y atragantándose á cada instante. A la fatiga de la carrera que le había acabado el aliento, uníase la intensa emoción por el ultraje sufrido. Todo contribuía á dificultarle la respiración y á secarle las fauces. Era el pobre un labriego humilde, de rostro cobrizo, enmarañada melena y barba rala y crespa. Vestía camisa y calzones anchísimos de manta, que recogía enrollados hasta las rodillas; sombrero de palma y rudimentarios *guaraches*, que le dejaban al descubierto los pies, sin más defensa que las suelas. Oprimíale la cintura ancha correa de cuero, de la que pendía el cuchillo de monte.

Don Pedro no dijo palabra, aunque mostraba á su pesar en la contracción del rostro, la sorda cólera que le embargaba. Los demás circunstantes continuaron el diálogo.

—¿Cuánto rato hace que pasó eso? preguntó Gonzalo.

—Todavía no hará una hora.

—¿Conociste á los mozos que acompañaban á don Miguel? indagó Ocegüera.

Sí, eran Pánfilo Vargas, Néstor Gómez, Saturnino Velásquez, Rosendo Monroy y Marcos Dávila, el mozo de estribo. Todos

se la echaron de la gloriosa conmigo, *calando* los caballos junto á mí y mirándome con cara de risa. . . . Todos, menos Rosendo, que se hizo á un lado y nomás miraba de lejos, porque él sí es mi amigo.

—Claramente se ve, observó el administrador, que don Miguel tiene ganas de llegar á los *mates*, porque todos esos son gente de pelea.

—La lástima es, prosiguió el montero, que me hubieran cogido desaprevenido y con tanta ventaja. Güenas ganas me daban de partiles. Pero ¿cómo, si no tenía con que querelos?

—Vale más así, observó Gonzalo.

—¡No hubiera sido que le hubiera sucedido á Ud. una desgracia! exclamó Estebanito dirigiéndose al montero.

—Amo, repuso éste, naiden se muere hasta que Dios quere.

—Don Petro, saltó el maquinista con su media lengua ¿y Ud. permita que don Miguel se queda con las Perieas?

Ruiz, cuya mirada absorta divagaba por el espacio, pareció despertar al sentir el aguijón de la pregunta.

—No tenga cuidado, *míster*, repuso, no

soy de esos. Y guardó silencio de nuevo durante algunos minutos.

El montero, entretanto, permanecía en medio del grupo, con el sombrero en la mano y sin quitar la vista del rostro enigmático de don Pedro, quien al cabo le dijo: —

—Has cumplido tu deber, y mereces una gala por el susto y por los golpes que has recibido. Anda á la cocina á descansar y á echar un tacó, mientras es hora de que vuelvas á tu puesto. Aquí don Simón te dará cuatro pesos y media hanega de maíz, para que te consueles.

—Amo, que Dios se lo pague: no es pa tanto....

—Anda, vete á la cocina.

—Con licencia de sus mercedes, dijo el montero dirigiéndose al interior de la casa.

Cualquiera otra persona en lugar de don Pedro, habría prorrumpido en imprecaciones y amenazas y armado gran escándalo; él, por el contrario, pareció recogerse mucho más que de costumbre dentro de sí mismo, y no abrió los labios para soltar una frase, ni para comentar los sucesos, ni para indagar el parecer de los circunstantes. Estos, conociendo su carácter, guardaron si-

lencio también, sin atreverse á otra cosa, más que á interrogarse con los ojos.

—Vámonos á nuestros quehaceres, ordenó luego don Pedro; no vale la pena que entremos en desorden y faltemos al trabajo por eso.

Con este toque de dispersión, cada uno se fué para su lugar, menos Gonzalo.

Don Pedro parecía no verle, fijos los ojos en el vacío.

—Padrecito, le dijo Gonzalo con acento casi infantil, después de un rato de inútil espera. ¿Qué vas á hacer?

—No sé todavía, estoy pensando....

—¿Me prometes no disgustarte si te doy mi parecer?

—Dílo.

—Si estuviese en tu lugar....

—Abandonabas el terreno, interrumpió don Pedro irónicamente.

—No, padre, montaría á caballo en este momento y me iría á la ciudad á hablar con mi apoderado el licenciado Muñoz.

—¿Y después?

—Haría lo que él me aconsejara

—Está bien: ya me lo dijiste.

—¿No me respondes nada?

—¿Qué quieres que te responda? Te repito que se hará lo más conveniente. ¿No te satisface?

Comprendiendo Gonzalo que si prolongaba la conversación podría enfadar á su padre, se limitó á contestar con dulzura:

—Ya sabes, padrecito, que me parece bueno cuanto mandas.

Y se retiró prudentemente.



III

**E**RA la habitación de Gonzalo una sala de altos muros enjalbegados al estilo campestre, con vigas fuertes y rectas, y en el fondo, dos ventanas con vista á la contigua sierra. En un rincón la cama de madera, cubierta con pabellón de ligeras cortinillas, para evitar el ataque de los mosquitos; á un lado un piano vertical; al otro un estante con libros; en medio una mesa de carpeta verde con recado de escribir y periódicos; y por los rincones lucida colección de armas, rifles de Remington, escopetas de caza y espadas en vainas de cuero. Junto al lecho, clavado en el muro, mirábase un hermoso crucifijo guatemalteco de atrevida estructura, violáceo y acardenalado el curpeo, contraídos y salientes los músculos, desgarradas las espaldas, me-